

# Diablotexto *Digital*



PALOMA DÍAZ-MAS: *LO QUE OLVIDAMOS*

Barcelona: Anagrama, 2016, 163 pp.

CLARA MONZÓ

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

He aquí una novela sobre la memoria. He aquí, además, la problemática de rigor: primero, ¿puede definirse esta obra como “novela”?; segundo, de ser así, ¿tendríamos que hablar, como en 2007 hiciera Isaac Rosa, de *otra* novela sobre la memoria? Que la obra de Díaz-Mas suscite estas preguntas implica, de entrada, que no se ajusta al patrón de la narrativa más lineal. Implica también, quizá, que estas páginas no admiten el orden –cronológico o estructural–, en la medida en que la memoria es un relato salvaje. Entonces, esta novela, sí, trata de echar el lazo, atar fuerte y reconstruir una memoria que lleva ventaja a la narradora.

La premisa argumental es tan cotidiana como devastadora: el alzhéimer materno. El título de la obra, sin embargo, aparece como advertencia al lector con ese plural. La desmemoria de la madre no la hace protagonista única; más bien, la sitúa en un centro al que se conectan indefinidos hilos del recuerdo: familiares, lugares, cada una de las lecturas de aquel verano, cada una de las miradas que cruzamos al doblar la esquina. La hija narradora se sabe responsable del cuidado de la madeja pues, cuando el centro se apague, la mayoría de los hilos quedarán cortados sin posibilidad de volver a su estado



original. La residencia de ancianos olvidadizos –olvidados, casi siempre– sirve como arranque para la retrospectiva, de modo que, desde ahí, el pasado va inundando las circunstancias del presente. Así, la memoria como tema aglutinador se escinde en varias perspectivas, que se organizan en distintos niveles de la narración.

En el primer nivel, se plantea una relación maternofamiliar puesta en jaque con la irrupción de la enfermedad en el sistema familiar. La narradora, que se dirige a nosotros siempre en primera persona, observa a su madre y a sus nuevos compañeros con el privilegio de la lucidez para descubrir en ellos, tanto como en ella misma, los estragos del tiempo. En clave reconstructiva, se inicia un viaje por escenas seleccionadas de la infancia. El propósito de este viaje parece responder a más de un objetivo: de un lado, rescatar el vínculo con una madre poco afectiva como terapia de aceptación y, ulteriormente, de comprensión. Del otro lado, indagar en los engranajes de su propia identidad. En la reconfiguración del árbol genealógico, la hija adquiere una personalidad múltiple, que cambia de acuerdo con la percepción enmarañada de la madre.

Desde el pretexto argumental, en el segundo nivel se deslinda, diseminada en el texto, una teoría en tono reflexivo acerca del funcionamiento de la memoria y el proceso de “despersonalización”. La narradora encuentra una serie de postales, de fotografías y las confronta como en un examen, tratando de descubrirse sus propias trampas: el encumbramiento del padre ausente; la apropiación de vivencias ajenas; o la rememoración alterada de las propias. La verdad es, hacia el pasado, un puzle irresoluble. Frente a sí misma, se convierte en una detective dispuesta a la exploración. Una vertiente indagatoria que se abre abruptamente hacia un tercer nivel que, no siempre exitosamente homogeneizado, conecta con el resto a modo de subtrama. Siguiendo un enfoque de mayor peso ficcional, se inicia una investigación casera con el fin de revelar la identidad política de uno de los ancianos de la residencia. La tarea del detective funciona como puente para insertar en el relato la visión de la protagonista sobre la Transición y analizar las consecuencias, más personales que históricas, del 23F.



Estructuralmente, la novela es fragmentaria, articulada en torno a 75 apartados de longitud irregular en los que se entrecruzan los anteriores niveles. Según esto, el lector experimenta la lectura no como una concesión, sino como el resultado del esfuerzo de la voz narradora por registrar su flujo de recuerdos, consciente de poseer una cámara cuyo filtro estará, forzosamente, distorsionado. “He dicho que no recuerdo nada, pero miento: no es que no recuerde, es que sé que recuerdo mal” (67). Tal vez por esta asunción de quien accede al laberinto sabedor de no poder alcanzar la meta, el tono de la narración se aparta de un sentimentalismo primario al que tan fácilmente podría haberse dejado llevar, dado el tema tocante. Al contrario, la prosa de Díaz-Mas descansa en una sobriedad analítica más cercana a la descripción, donde predomina la voluntad del informe. El conjunto fragmentario se armoniza con el escrutinio de la voz narradora, que enlaza los ítems hasta someterlos a un cierre circular. Este mecanismo, junto con el episodio de la incursión detectivesca, merman el punto fuerte de la obra, que no es otro que el valor personal que hay en el acto de sobrevivir al tiempo y que esconde, bajo la apariencia distanciadora, un autorretrato honesto. Es en los momentos en que lo sobrio del relato intersecta fugazmente con lo visceral, al contacto imprevisto con objetos largamente relegados al fondo del armario, donde reside su originalidad más efectiva, una emoción que se cuela entre las rendijas del armazón construido por la autora. Como aderezo léxico, sorprende el hallazgo del “berrueco” o el solícito “destrón”.

Si remitimos a las preguntas iniciales, no puede desvincularse la novela del estado que la memoria ocupa en la actual dinámica político-editorial. Autoficción o testimonio entroncan con la novela de Díaz-Mas. Su aproximación simultánea a la memoria, desde el olvido como enfermedad, el recuerdo como constructo de la identidad y, finalmente, la memoria histórica, ofrece un panorama de los temas que, todavía, con mayor controversia sobrevuelan el mundo editorial. En este caso, la obra funciona mejor si no se aborda como adhesión diluida en un elástico subgénero narrativo, sino en clave de crónica particular, una indagación valiente e íntima en lo que somos, fuimos y olvidamos.